

LA COMUNIÓN DE LOS FIELES QUE VIVEN EN LA TIERRA

Ludwig Ott, *Manual de teología dogmática*, Herder, Barcelona, 1966, pg. 473-475.

I . La oración de intercesión

Los fieles de la tierra pueden alcanzarse mutuamente gracias de Dios mediante la oración de intercesión (sent. cierta).

Pío XII comenta en la encíclica *Mystici Corporis*: «La salvación de muchos depende de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del cuerpo místico de Jesucristo dirigidas con este fin». En conformidad con la práctica incesante de la Iglesia, el Papa pide a los fieles que oren unos por otros: «A diario deben subir al cielo nuestras plegarias unidas para encomendar a Dios todos los miembros del cuerpo místico de Jesucristo» (*Myst. Corp.* 43).

La fe en el poder de la oración es antiquísima y conocida aun fuera de Israel (cf. Ex 8,4; 10,17). Las grandes figuras de Israel, como Abraham (Gen 18,23ss), Moisés (Ex 32,11ss; 32,30ss), Samuel (1Sam 7,5; 12,19ss) y Jeremías (Jer 18,20), presentan al Señor oraciones por el pueblo o por algunas personas. El rey y el pueblo mandan llamar a los profetas para que oren ante Dios por ellos (1Re 13,6; 2Re 19, 4; Jer 37, 3; 42, 2). Jesús invita a sus discípulos a que oren por sus perseguidores (Mt 5, 44). San Pablo asegura a las comunidades a las que van dirigidas sus cartas que rogará a Dios por ellas (Rom 1,9s y passim) y les pide que también ellas oren por él (Rom 15,30 y passim) y por todos los santos (Ef 6,18). El Apóstol hace la siguiente exhortación: «Ante todo ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracia por todos los hombres, por los emperadores y todos los constituidos en dignidad» (1Tim 2,1s). Santiago ruega a los cristianos: «Orad unos por otros para que os salvéis. Mucho puede la oración fervorosa del justo» (Sant 5,16).

La literatura cristiana primitiva está llena de exhortaciones e invitaciones a orar los unos por los otros. SAN CLEMENTE ROMANO pide a los corintios que oren por los pecadores para que Dios los ablande y les haga humildes (*Cor.* 56, 1). Les propone una oración de comunidad en la que se encomiende a los elegidos de todo el mundo y a los que tienen necesidad de ayuda (*Cor.* 59). SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA ruega en sus cartas que se ore por él para que consiga el martirio, por la iglesia huérfana de Siria, por los herejes, para que se conviertan, y por todos los hombres (cf. *Rom.* 4, 2; 8, 3; 9, 1; *Eph.* 10, 1-2; n , 2; 21, 1-2); cf. SAN POLICARPO, *Phil.* 12, 3; *Didakhé* 10, 5; SAN JUSTINO, *Apol.* 1 61, 2; 65, 1; 67, 5; TERTULIANO, *De poenit.* 10, 6.

2. Merecimiento en favor de otros

Los fieles de la tierra pueden, por las buenas obras realizadas en estado de gracia, merecer de congruo, unos para otros, dones de Dios (sent. probable). Según las palabras de Pío XII citadas anteriormente (n.º 1), la salvación de muchos depende de las voluntarias mortificaciones de los miembros del cuerpo místico de Cristo. Tales ejercicios de mortificación consiguen, al modo de un mérito de congruo, la concesión de las gracias externas e internas necesarias para la salvación (v. el tratado sobre la gracia, § 25, 2 b).

En la tradición paleocristiana reina la convicción de que se pueden alcanzar de Dios beneficios de todas clases para los hermanos en la fe no solamente por la oración de intercesión sino también por las obras de piedad. SAN CLEMENTE ROMANO propone a los cristianos de Corinto el modelo de Ester, «que por su ayuno y su humildad asedió al Dios que todo lo ve» (*Cor.* 55, 6). SAN JUSTINO testifica la antigua práctica cristiana de que los fieles orasen y ayunasen juntamente con los catecúmenos para conseguir de Dios el perdón de sus anteriores pecados (*Apol.* I 61, 2).

3. Satisfacción vicaria

Los fieles de la tierra pueden, por las obras de penitencia realizadas en estado de gracia, satisfacer unos por otros (sent. cierta).

El efecto de la satisfacción es la remisión de las penas temporales contraídas por los pecados. La posibilidad de esta satisfacción vicaria se funda en la unidad del cuerpo místico. Así como Cristo, que es la cabeza, ofreció su sacrificio expiatorio en representación de sus miembros, de la misma manera un miembro puede satisfacer también en representación de otro. En la posibilidad y realidad efectiva de la satisfacción vicaria se fundan las indulgencias.

El papa CLEMENTE VI declaró en la bula jubilar *Unigenitus Dei Filius* (1343), en la cual aparece por vez primera de manera oficial la doctrina sobre el «tesoro de la Iglesia» («thesaurus Ecclesiae»), que los méritos (= satisfacciones) de María Madre de Dios y de todos los escogidos, desde el primero al último justo, contribuyen a acrecentar ese tesoro del que la Iglesia va sacando las indulgencias; *Dz* 552; cf. 740a. Pío XI, en sus encíclicas *Miserentissimus Redemptor* (1928) y *Caritate Christi* (1932), exhorta a los fieles a que reparen al Corazón de Jesús no sólo por las propias faltas, sino también por las ajenas.

En el Antiguo Testamento se conocía ya la idea de la satisfacción vicaria de personas inocentes en favor de personas culpables. El inocente carga sobre sí la cólera de Dios provocada por el culpable para lograr la clemencia de Dios en favor de éste. Moisés se ofrece a Dios como sacrificio en favor de

su pueblo, que acaba de pecar (Ex 32,32). Job ofrece a Dios un holocausto para expiar los pecados de sus hijos (Job 1,5). Isaías vaticinaba pasión expiatoria del Mesías por nuestras iniquidades (Is 53). El Nuevo Testamento considera la pasión y muerte de Cristo como el precio del rescate, como el sacrificio expiatorio por los pecados de los hombres (v. el tratado sobre la redención, §§ 9, 10). El apóstol San Pablo nos enseña que también los fieles pueden ofrecer satisfacción unos por otros; Col 1,24: «Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo [es decir, del cuerpo de Cristo] por su cuerpo, que es la Iglesia»; 2Cor 12,15: «Yo de muy buena gana me gastaré y me desgastaré por vuestras almas»; 2Tim 4,6: «En cuanto a mí, a punto estoy de derramarme en libación [es decir, de ser sacrificado con el martirio]».

Entre los padres más antiguos se encuentra ya la idea de que la muerte del martirio es un medio expiatorio que se puede aplicar también en favor de otros. SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA escribe a los fieles de Éfeso que quiere ofrendarse por ellos, es decir, ofrecerse como sacrificio expiatorio (8, 1). En una carta a Policarpo, se llama a sí mismo y a sus cadenas «precio del rescate» por él (2, 3). ORÍGENES, basándose en 2Cor 12,15, 2Tim 4,6 y Apoc 6,9, enseña que los apóstoles y los mártires, con su muerte, quitan los pecados de los fieles (*In Num. hom.* 10, 2). En esta idea de la satisfacción vicaria descansa la costumbre, testimoniada por TERTULIANO (*Ad mart.* I) y SAN CIPRIANO (*Ep.* 15-23), de volver a recibir en la comunidad eclesiástica a los penitentes que traían la carta de recomendación de algún mártir (carta de paz). SAN CIPRIANO dice expresamente que los pecadores pueden recibir ayuda ante el Señor gracias a la intercesión de un mártir (*Ep.* 19, 2; 18, 1); cf. SAN AMBROSIO, *De virg.* I 7, 32; *De poenit.* I 15, 81.

SANTO TOMÁS prueba bíblicamente la posibilidad de la satisfacción vicaria por Gal 6, 2 («Sobrellevad los unos las cargas de los otros»), y de manera especulativa por la virtud unificadora de la caridad: «En cuanto dos personas están unidas por la caridad, puede una de ellas ofrecer satisfacción por la otra» (*S. th.* III 48, 2 ad 1; cf. *Suppl.* 13, 2; *S.c.G.* III 158; *Expos. in ep. ad Gal.* 6, 2; *Expos. symb.*, a. 1).